

Hacia un Mundo Mejor

Por Jorge PATRON YRIGOLYEN. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

LA terrible guerra que sobre la ancha faz del mundo han desatado las oscuras fuerzas del nazi-fascismo, crean al presente arduos problemas de carácter económico, político y moral y a la vez han esparcido la semilla de otros menos cruentos, pero más trascendentales.

Nunca, en ninguna época de la historia, la humanidad ha tenido que enfrentar y encarar tan hondas convulsiones.

Si desde el punto de vista histórico, el nazi-fascismo representa el último esfuerzo y el último aliento de un sistema económico caduco que se niega a morir, desde el punto de vista de los valores culturales, es un movimiento de regresión, de retroceso hacia la barbarie, como lo prueba su sistema político-administrativo, basado en la exclusiva voluntad de un hombre, un dictador o tirano, que desde lo alto de su réprobo poder pretende gobernar a las sociedades como un faraón, o un Tamerlan; y como lo prueba, en forma evidente e incontrastable, la absoluta esterilidad cultural de sus regímenes. En veinte años de poder omnímodo nada fueron capaces de crear, salvo una bárbara máquina bélica que en su hora y momento debería desencadenar sobre la tierra

todos los males y dolores, verter el odio y cegar las fuentes de donde brota "la tibia leche de la bondad humana".

La segunda guerra mundial, que se ha visto obligada a vivir y sufrir, con el breve interludio de veinte años, nuestra generación, ha conmovido y trastocado hasta sus más profundos y recónditos cimientos, las bases sobre las cuales descansaba nuestra civilización, que por dársele un nombre se le llamó "occidental".

Pero nada sucede por casualidad o por azar, y menos en el campo del devenir histórico. El fenómeno antisocial del fascismo, si ha podido surgir, es porque en la entraña misma de nuestra cultura, existían simientes y causas que pudieron originarlo. No puede sostenerse y mucho menos desde el punto de vista de la sociología, que el fascismo haya surgido por "generación espontánea".

Muchas son las causas remotas o próximas a las cuales puede atribuírseles el origen de este movimiento de regresión a lo cavernícola, pero si indagamos hondo, si profundizamos en la entraña misma de nuestra civilización, encontramos en ella algo que puede pasar desapercibido al espectador superficial o interesado en ignorarlo, me refiero al régimen de propiedad.

La civilización europea ha sido capaz de crear nuevas y gigantescas fuerzas económicas, inventos, máquinas, doctrina, arte y ciencia a porfía, pero, y aquí la paradoja y la tremenda contradicción de nuestra época, todas estas gigantescas fuerzas y valores, se hayan constreñidos, encerrados y anquilosados por el régimen jurídico de propiedad que para su uso y abuso crearon los patrios romanos.

De donde se desprende esta mayúscula aberración: los hombres de occidente que descubrieron la imprenta, América, el vapor, la electricidad, la radio y el avión, que aprendieron a utilizar y manejar tan ciclópeas fuerzas, regulan la distribución y beneficio de ellas ciñéndose a las pautas y cánones de un sistema jurídico de propiedad que correspondía a una economía netamente

agraria, cual era la economía romana, cuyo derecho, como fiel expresión de esa realidad, era un derecho evidentemente agrario, en el que el dominio del inmueble, del predio, de la tierra, era el primero y más sagrado de los derechos, el derecho "real" con todo el amplio y profundo sentido de la palabra. El pueblo romano, si en el ámbito de lo político fué por antonomasia un pueblo de conquistadores, en la esfera de lo económico no pasó de la etapa agraria, que se desarrollaba dentro de los marcos de una sociedad esclavista.

Y este derecho, típico de un pueblo de agricultores rudimentarios, que llevaba dentro de sí todas las lacras y taras que pueden contenerse y se contienen en una sociedad cuya fuente primaria de producción es la esclavitud, pasó íntegramente y sin beneficio de inventario a regular y regir las relaciones de producción, distribución y consumo, y por lo tanto las relaciones sociales de nuestra civilización.

En esa incapacidad de la cultura europea para crear y desarrollar su propio derecho, que la lleva a adoptar uno que en esencia es extraño a ella misma, se encuentra la prima razón y el por qué de tantas y tan hondas convulsiones sociales, políticas, militares y religiosas que vienen afligiendo a la humanidad desde hace quince siglos.

Los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad que fueron las ideas-fuerzas de la Revolución Francesa, quedaron esterilizados y anulados el día que se promulgó el Code Civil, ese Código neo-romano, al que con justicia se ha calificado de "Código del Propietario".

Como un retoño joven surge del viejo árbol romano, el Código francés, pleno de individualismo, obsesionado por el afán de proteger, por encima de todas las cosas el sagrado derecho de propiedad privada, ignorando el valor del trabajo, que quedó reducido dentro del plan de ese Código y de todos los que después habían de seguirlo, al simple contrato de locación de servicios, insti-

tuto jurídico que por sí mismo está demostrando, con su mera enunciación, la ninguna diferencia que para los juristas neoromanos existe entre la locación de cosa y la locación de trabajo, que el mismo término "servidos" minimaliza. De esta manera, el trabajo humano, el noble trabajo humano, fuente eterna e inagotable de todo valor y de toda riqueza, figura dentro de los marcos jurídicos de nuestra cultura como una cosa, que se ofrece en el mercado y que se compra al más bajo precio posible. Por eso en nuestra civilización la inversión de valores es absoluta, el trabajo humano es la cosa y el fetiche o becerro de oro es la propiedad privada. El trabajo resultó así esclavo de la propiedad.

Tal realidad social, que perdura hasta hoy, con ligeros paliativos, en cinco sextas partes del Globo, tenía necesariamente que producir, en la órbita de lo nacional, el acaparamiento por un pequeño grupo, de las tierras, de las minas, de las máquinas y herramientas, y en la órbita de lo internacional, la lucha por las materias primas, por los mercados, por las colonias y las guerras.

Cuando contemplamos y analizamos esta evidente realidad no puede sorprendernos pues, la aparición y desarrollo del fascismo, que resulta ser así, en esencia, la exacerbación y súbita explosión de todos los males que pre-existen, en estado de menor o mayor latencia, dentro de nuestra misma sociedad y que se manifiestan cuando el avance y desarrollo de la corriente socialista ponen en peligro, como en el caso de Italia y Alemania, el reinado de la propiedad privada, entonces surgen "condottieris" como Mussolini y Hitler, que sin ninguna ideología o tomando al paso y de prestado la primera que encuentran a mano, por absurda que ella sea, como la doctrina racista, se lanzan a la conquista del poder, protegidos, amparados y estimulados por las burguesías nacionales e internacionales.

Frescos están aún en nuestra memoria y en el recuerdo de los pueblos las infinitas loas, cánticos y alabanzas, que la burguesía mundial entonó durante veinte años en honor de Mussolini y Hi-

tlar a los que consideraba como los super-hombres del siglo xx, a los que mimaba y toleraba, permitiéndoles actos tan vandálicos como la conquista de Etiopía y el apuñalamiento de España, a condición de que jugaran el papel de las serpientes que Juno puso en la cuna de Hércules.

La política de apaciguamiento, "la política del paraguas", que entregó inermes y maniatadas a Austria y Checoslovaquia, son prueba de cuanto la burguesía estaba dispuesta a pagar a su gendarme, con tal de que, jugando el papel que se le había asignado, continuara forjando y sosteniendo un "cordón sanitario" que protegiera a Europa y al mundo del avance del socialismo.

Pero las cosas salieron distintas, pues, "la historia se hace a través de los hombres, pero independiente de su voluntad". Las contradicciones internas del régimen fueron más agudas que sus contradicciones externas, y el "protector" se convirtió en agresor.

Después de cuatro años de dura guerra el fascismo alemán y el régimen ultra-reaccionario del Mikado, marchan hacia su inevitable ocaso, vencidos por la conjunción de todas las fuerzas libres del mundo, vencidos por la Historia, vencidos por el Progreso.

Y la proximidad de la victoria hace que ya, y con razón, comiencen a preocuparnos a todos los problemas de post-guerra. Para algunos, quizá si para muchos, las cuestiones de la post-guerra, sólo son problemas de cartografía política de Europa, de delimitación de líneas fronterizas; para otros, problemas de reconstrucción de edificios, usinas y fábricas, o de nueva repartición de mercados y zonas de influencia; y para algunos, felizmente los menos, una simple tarea de preparación de la tercera guerra mundial.

Pero los que así piensan se equivocan, la humanidad ha sido conmovida tan profundamente que es imposible que se conforme con un simple "Tratado de Versalles", porque esta guerra, des-

de su iniciación está teñida y marcada de un profundo sentido social. Hay en lucha y en disputa algo más que kilómetros cuadrados de territorio o petróleo y colonias, está en lucha y en disputa el destino del hombre sobre la Tierra. ¿Hemos de continuar siendo esclavos de la propiedad privada, refiriendo todos los valores humanos al oro, o a cualquier otro patrón monetario, debemos de continuar viviendo bajo un régimen de absoluta subversión de valores, bajo un régimen que desde hace siglos viene jugando a la baja con las categorías esenciales del hombre, o antes al contrario, hemos de superar y vencer tan caducas formas que al enaltecer el valor de la propiedad privada, han desvalorizado al hombre, lo han deshumanizado, para convertirlo en una mercancía más, cuyo trabajo se compra en la Bolsa como un Bushel de trigo o un quintal de algodón, donde la cotización de un título o el pago de un dividendo importa y significa más que el hambre y las penurias de millares o millones de personas?

Si aspiramos a que los hombres vivan libres del temor, si queremos descartar para siempre el fantasma del fascismo, debemos superar ese régimen que para subir los precios quema el café, pudre el trigo y arroja al mar el azúcar, sin importarle un ardite que millones de seres en Europa, en la India, en la China, y en América misma perezcan de inanición.

Los problemas de post-guerra sólo podrán tener justa y cabal solución, dentro de una economía de tipo socialista, base y fundamento esencial de una filosofía que coloque al hombre como cima de todos los valores, que dignifique la personalidad humana, que entrañe y comprenda el concepto de que el hombre es un valor en sí, que las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas que ha creado su ingenio están para servirlo y no para esclavizarlo, que él es el señor y no el siervo de las cosas materiales, que la riqueza no se crea para dispendio y holganza de unos pocos, sino para bien de la humanidad y sólo cuando esta filosofía haya ganado las mentes y los corazones de todos los hombres, los pro-

blemas de post-guerra tendrá fácil y exitosa solución y sólo entonces podremos decir que estamos más allá de la barbarie, que la humanidad entra definitivamente a su verdadera historia y que el hombre será libre por el conocimiento de la necesidad y feliz por la conciencia de su propio valer.